

DIOS Y EL HOMBRE. (1)



¡Mirad al hombre! Del tupido velo
Que á la naturaleza envuelve inmensa,
Levanta apenas, con incierta mano,
Un extremo no mas, ya iluso piensa
Que toda la amplitud de tierra y cielo
Estrecha viene á su saber, y ufano
Erige audaz á su razon mezquina
Tribunal soberano,
Citando ante él á la razon divina.

«—¿Quién eres?—Dice á Dios—Cuál es tu esencia?
¿Por qué naturaleza no la esplica?
Sus leyes estudió mi inteligencia,
Y en ellas nada de tu ser me indica
La inefable sustancia,
Ni de tu decantada providencia
Los designios profundos. ¿La ignorancia
Será quien deba tributarte culto,
Y al génio siempre y á la ciencia oculto,
Dejarás en problema
Ante sus luces tu verdad suprema?»

(1) La lectura del libro de Job inspiró la idea de escribir esta composicion á su autora, que confiesa deber muchos de los pensamientos é imágenes que en ella se hallan, á las admirables páginas del libro sagrado.

« Origen te proclaman
 Del orden y del bien, y cuanto veo
 Es desorden y mal. Justo te llaman,
 Y me consume estéril el deseo
 De comprender de tu justicia oscura
 La marcha silenciosa.
 En balde por tu gloria te conjura
 Mi mente, codiciosa
 De la eterna verdad, que tus arcanos
 Le descubras sublimes:
 Sordo te encuentran mis clamores vanos,
 Y ni en las obras de tu diestra, mudas,
 El sello augusto de tu nombre imprimes;
 Cual si gozases en mirar las dudas
 Luchar del hombre en el inquieto seno,
 ¡Tú, que te llamas poderoso y bueno! »

« No mas, no mas en ignorancia ciega
 Adoraré rendido
 A un Dios desconocido,
 Que á concordar con mi razon se niega.
 Si no eres vano nombre
 Haz que yo sepa, sin tardar, quién eres;
 Pues nace altivo, inteligente el hombre,
 Y si su amor y su homenaje quieres
 Debeshacer que su razon lo mande,
 Al verte amable, al comprenderte grande. — »

Asi al saber supremo
 Dicta leyes su hechura limitada,
 Y de bondad por inefable extremo,
 Para curarla de su orgullo infando,
 Asi confunde á la razon osada,
 Allá en su propio seno resonando,
 Aquella voz que fecundó á la nada.

—Tú, que cuenta me pides
 De mis hondos designios; tú que dudas,
 Si á tu razon se esconde,

De mi propia existencia; tú que mides
 Mi justicia eternal, y en mis dominios
 Juzgas del orden y del bien: responde!
 Tus sábios, tus astrónomos profundos,
 ¿ Podrán decir cómo hago inalterable
 La eterna ley, que de infinitos mundos
 Que corren el espacio inmensurable,
 El movimiento y curso determina,
 Sin que choquen jamás en rudo encuentro,
 Y por qué los fecunda é ilumina
 Encadenado un sol en cada centro? »

¡ Loco mortal, á quien hinchado miro
 Del prestado poder que de mí tienes!
 ¿ Puedes del Orión turbar el giro,
 O á las brillantes pléyadas detienes?
 ¿ Puedes, siquiera, conocer la tierra
 Que desdeñoso huellas? ¿ Quién su base
 Describirte sabrá? ¿ Quién hay que tase
 Los tesoros que encierra?...

Un imperio tras otro desaparece,
 Y mil generaciones
 Pasan por ella y en su seno se hunden;
 Ella sola no cambia ni envejece,
 Y sus preciosos dones
 Con orden inmutable se difunden
 Por las varias regiones
 Que fertiliza el sol. Aquí presenta
 Prados herbosos, selvas primitivas;
 Allá el capricho de su fuerza ostenta
 En colinas altivas,
 Que decora con rasgos pintorescos;
 Allá borda de valles las honduras;
 Mas acá ofrece los asilos frescos
 De grutas silenciosas;
 Ora se extiende en plácidas llanuras;
 Ora se ensancha en playas arenosas;
 Allí se muestra en sotos y florestas;
 Acá en bosques umbríos;

Y allá, ostentando sus potentes bríos,
Encumbra montes de nevadas crestas.

¿Qué paternal desvelo,
Qué sábia providencia,
Con tal magnificencia

Dotó al grosero y despreciado suelo
De ese globo que habitas?

¿Quién lo sembró de vírgenes metales?

¿Quién lo cubrió de especies infinitas,
De útiles vegetales

Apropiados á climas diferentes?

¡Mira mecer las palmas y las cañas

Las brisas de los trópicos ardientes;

Mientras en selvas y ásperas montañas,

Resistiendo al teson de vientos fieros,

Negros abetos, pinos seculares,

Se levantan austéros

Bajo los crudos círculos polares!

¿Quién te dirá cómo del hondo seno

Que mi espíritu henchia,

Brotó con voz de trueno

La mar amenazante,

Y cómo Yo de nieblas la cubria

Cual envuelve la madre al tierno infante?

Alzó arrogante la espumosa frente

Robando al sol fulgentes auréolas;

¿Mas quién se halló presente

Cuando la dije: — tu soberbia enfrena,

Y á romper vé tus atronantes olas

En aquel dique de movible arena?—

¿Sabes por qué vapores incesantes,

Que recoge la atmósfera encendida,

De ese su seno líquido se exhalan,

Y en las nubes flotantes

La masa de las aguas suspendida,

Solo descende al suelo gota á gota

En bienhechora lluvia convertida;

Mientras de las altísimas montañas

Se precipita en rápidos torrentes,

Penetra de la tierra las entrañas,

Y formando con linfas transparentes

Arroyos mil y rios caudalosos,

Recorre murmurando el campo verde,

Con giros tortuosos,

Hasta volver al mar en que se pierde?»

«¡ Juez de mi providencia, que me íntimas

Su imperfección y que mi plan corriges!

¿Eres tú quien diriges

Segun conviene á los diversos climas,

Los vientos voladores,

Y á disipar mefíticos vapores

Lanzas al rayo, que estallando dice,

Con su hórrido estampido:

— ¡ Gloria, Señor, ya estás obedecido?—

¿ Coronada de flores

Sale á tu voz la primavera hermosa

A preparar la tierra, que reposa,

Del abrasado estío á los ardores?

¿ O acata, acaso, tu poder visible

El invierno aterido,

Haciendo le preceda

Con órden infalible

El otoño de pámpanos ceñido?»

« ¿ A las linfas saladas

Y á las ondas insípidas del rio,

Lanzaste las especies animadas

Con variedad que pasma al pensamiento,

Y á cada cual con diligente mano

Preparaste sustento?....

¿ Por tí de aceite saludable llena

Se agita entre el herbor del oceano

La colosal ballena?

¡ Mira cual brota de sus ojos llamas

Si la distancia de la presa mide!
 ; Mira, si airada heriza las escamas,
 Montes alzar en el ecuóreo llano,
 Y si con lento paso lo divide
 Darle de la vejez el color cano!»

« Por las libres regiones

Del aire que respiras,

; Esparces con tu diestra creadora

Las volubles legiones

De tantas aves que indolente miras?

; Les concediste tú la voz canora?

; Te deben los instintos

Porque se multiplican y alimentan,

Y los colores vívidos que ostentan

En matices distintos

Sobre el esmalte de sus leves plumas;

O es tu saber quien guía

A las que al ver las invernales brumas

Dejan del norte la region sombría,

Y atraviesan el mar tras los ardores

Del refulgente sol del mediodía?

; Mira cómo desprecia los furoros

Del caprichoso viento

El águila real, las soledades

Surca del Éter, en sublime asiento

Para el vuelo atrevido,

Y entre nubes que envuelven tempestades

Labra el robusto nido,

De la desierta roca

En las ásperas puntas suspendido;

Mientras el avestruz, de pluma poca,

Que nunca se alza á la region vacía,

Por otro instinto poderoso y cierto,

Su cara prole fia

A la infecunda arena del desierto!

«Un momento contempla

De los brutos la inmensa muchedumbre:

En ninguno verás que falte ó sobre
 Un miembro necesario.

Estos de imponderable mansedumbre;

Aquellos de carácter sanguinario;

Tímidos unos, otros atrevidos,

Pesados unos, otros diligentes,

Todos están armados y vestidos

Cual requieren sus usos diferentes,

El destino especial que les señalo,

Y el clima y el lugar do los instalo.

No por tus artes enseñado ha sido

El castor industrioso;

Ni el corcel generoso,

Que sufre lo domines,

Te debe aquel valor con que al sonido

De la trompa guerrera,

Sacudiendo las crines,

La nariz dilatando,

Se lanza al campo en rápida carrera,

De espuma y de sudor huellas dejando.»

«Cuanto tu vista admira

Y cuanto puede concebir tu idea,

Es átomo mezquino

Del universo en el grandioso seno;

Mas tú ¡ mortal! que de mi ser divino

Inquirir osas, de arrogancia lleno,

Secretos inefables, confundida

Verás por las partículas mas leves

Tu razon desvalida,

Si á analizar ese átomo te atreves!

De la naturaleza, que presumes

Iluso conocer, al ser mas pobre

Comprender y explicar quieres en vano:

Esa flor que te brinda sus perfumes,

Ese mosquito que aplastó tu dedo,

Ese que huellas, mísero gusano,

¡ Misterios son en que abismarte puedo!

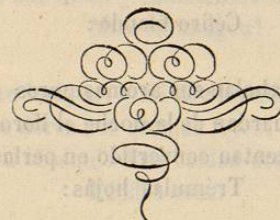
¿Y no eres un abismo,
 ¡Oh átomo pensador! para tí mismo?
 Naturaleza doble en tí se encierra;
 De un rayo de mi mente iluminado
 Eres rey de la tierra,
 Y de esa tierra mísera formado.»
 «Materia deleznable
 Y espíritu soberbio,
 Grande y pequeño, fuerte y miserable,
 Suspense entre la nada
 Estás y el infinito,
 Y en tu razon, tan pobre y limitada,
 Llevas augusto privilegio escrito.
 Trémulo ante tan grandes maravillas,
 Que entrever logra tu asombrada mente,
 Dobla ¡mortal! sumiso las rodillas
 Prosternando la frente,
 Y acatando rendido
 De mi sapiencia el insondable arcano:
 Mas no alces atrevido
 Hasta mi trono el pensamiento insano;
 Que aunque el astro de fuego
 Su luz te envia en rayos bienhechores,
 Si le osas contemplar quedarás ciego,
 Sombras no mas hallando en sus fulgores.»

«En tu alma de mi sér grabé la idea,
 Y rindiendo á su autor digno homenaje,
 Naturaleza emplea
 Universal, magnífico lenguaje.
 De un polo al otro en sus miserias claman
 Los hombres á su Dios. La tierra, el cielo,
 Las noches y los dias,
 Mi poder y bondad do quier proclaman,
 Y mi nombre preludian en el suelo
 Multitud de armonias,
 Que ofuscan, sí, de tu razon el brillo

Y confunden tu ciencia;
 Mas para el corazon tienen sencillo
 Poderosa elocuencia.

Es mi nombre ¡*El que Es!*—Que confundido
 Ante el misterio de tan alto nombre,
 Entre esas obras de mi augusta diestra
 El humano saber calle y se asombre;
 Pues su ciencia mayor alcanza y muestra
 Al conocer su pequeñez el hombre!

Enero de 1842.



A LA VIRGEN.

CANTO MATUTINO.

Mientras la aurora con rosados tintes
Baña las nubes que al oriente vagan;
Nubes que arrolla con su leve soplo
Céfiro blando:

Mientras exhalan sus aromas puros
Flores que guardan de la noche el lloro;
Lloro que ostentan convertido en perlas
Trémulas hojas:

Mientras preludian jubilosos himnos
Coros volubles de pintadas aves,
Trisca el rebaño, y hasta el toro fiero
Brama de gozo:

Mientras se ríza al matinal aliento
Ovas ligeras sacudiendo el río,
Discos formando con raudal sonoro
Límpida fuente:

Mientras que todo, en la natura vasta,
Vida y belleza de la luz recibe,
Tú ¡ luz del alma ! de la aurora reina !
Séme propicia !

Sones, albores, y perfumes y auras,
Forman concento de armonioso aplauso :
¡ Madre te aclaman del autor del día,
Virgen suprema !

Deja que en tanto que el Empíreo absorto,
Dicha contempla y magestad tan alta,
Tímido el lábio del mortal, tu nombre
Grato bendiga.

Grato bendiga, y á su influjo santo
Huyan del alma tenebrosas dudas;
Como las sombras de la noche fria
Huyen del alba.

Deja que en tanto que triunfante y leda,
Ella alborozada é ilumina al mundo,
Yo entre sus luces y cambiantes bellos,
Mire tu imágen !

Mire tu imágen, y mi lira humilde,
Como las flores sus aromas leves,
Brote, en obsequio á tu beldad divina,
Fáciles ecos.

Ecos que acoja con placer el mundo,
Ecos que se alcen á tu augusto sólio,
¡ Reina del cielo, y en la tierra triste
Madre del pobre !

Pobre de gracia y de ventura, llamo
Como mendigo á tu sagrada puerta ;
Oyeme ¡ oh vírgen ! que entre aromas puros
Vuela mi ruego.

Vuela mi ruego , y endulzando el lábio
 Tu grato nombre , que do quier invoco ,
 Ecos del monte , del vergel y el valle ,
 Vuelven ; *Maria!*

Vuelven ; *Maria!* y sin cesar mi lengua
 Torna ; *Maria!* á pronunciar despacio ,
 Siempre ; *Maria!* y cada vez mas dulce
 Hállalo el alma!

Pueda , asociado al último suspiro ,
 Ser este nombre mi postrer acento....
 ¡ Láncese el alma en su armonia envuelta
 Fuera del mundo !

Abril de 1842.



A LA MUERTE

DEL JOVEN Y DISTINGUIDO POETA

D. JOSE DE ESPRONCEDA.



«Homo sicut foenum dies ejus,
 tanquam flos agris sic efflorescit.»
 Salmo CII.

No son de Otoño los postreros dias ,
 Cuando del árbol amarillas hojas
 Con leve ruido desprendidas caen
 Para alfombrar la tierra ya desnuda :
 No luce un sol que se despide triste
 De la naturaleza inerte y muda
 Que el luto espera que el invierno viste ;
 Ni allá vagando el viento
 Del bosque en la que fué grata espesura ,
 Se querella con pérfido lamento
 Al esparcir sus restos de verdura .
 Sereno , azul y trasparente el cielo
 A la tierra sonrie ;
 El céfiro en su vuelo
 Perfumes de ámbar y clavel deslie ;
 Por el verdor naciente ,
 Esmaltado de vívidos colores
 Que ostentan á la par variadas flores ,
 Su líquido cristal mueve la fuente ;
 Y las canoras aves ,

Del sol triunfante al encendido rayo,
Proclaman, en sus cánticos suaves,
La alegre vuelta del risueño Mayo!

Todo parece moviento y vida:

Naturaleza ufana

De amor, de luz, y de placer henchida,
Como virgen amante se engalana
Que de las nupcias el instante espera;
Y al contemplar su pompa el hombre duda
Si ha de ser solo breve y pasagera,
O si en ella saluda,

A su estado feliz restituido,
La eterna gala del eden perdido.

Salud, bella estacion! siempre que llegas
Cual-nuncio de ventura te contemplo.

Tú del Dios paternal brindas los dones,

Y cual agosto templo,

Que en ecos mil repite bendiciones
Que á su Señor omnipotente envia

La multitud de seres,

La vasta tierra eleva la armonía
De sus murmullos, céfiros, colores,
Luces, reflejos, cánticos y olores.

Enagenada escucho cuál circula
Ese himno universal...—; Mas qué sonido

Fúnebre, aterrador, súbito llega
A mezclarse al placer con que me adula

La primavera hermosa?... El bronce herido,
En prolongado son al aire entrega

Un eco de dolor.—Un hombre espira!
Para esos ojos, que la muerte cierra,

Del sol ardiente la inexhausta pira
No tiene ya ni un rayo de esperanza;

Y mientras viste de verdor la tierra
Y es del cielo la luz mas bella y pura,

De un Dios inexorable la venganza

A su mejor hechura

Certero el dardo de la muerte lanza.

¡Y este suelo do mora

El hombre infortunado

Ni un gemido tributa á su agonía!

La criatura noble y pensadora,

El ser privilegiado

Que rey del mundo, iluso se creía,

Acaba, y ni una flor se descolora,

Ni un eco de pesar imita el viento!

Todo sigue su curso, nada advierte

Que un ser de menos la natura cuenta;

Y el astro autor de vida y movimiento,

Cual gozoso del triunfo de la muerte,

Sobre la tumba su esplendor ostenta!

Oh verdadero rey del Universo!

Muerte cruel! ¡Tu inexorable mano

Qué desgraciada víctima señala?...!

Mas ¡ay! pregunta mi dolor en vano;

Solo un gemido el corazon exhala,

Y no osa el lábio articular el nombre

Del que era un génio ayer, y ya no es hombre!

¿Cómo ha segado la fatal guadaña

Tanta esperanza en flor?... El tibio otoño

Tampoco para él llegado habia,

Que gloria dando y esplendor á España

Bello su sol de juventud lucia!

.....

.....

.....

La multitud curiosa el templo invade,

Y del cadáver amarillo en torno

Se apiña silenciosa y aterrada.

¡Asi contempla el labrador con pasmo

La altiva encina, de la selva adorno,

Por la tormenta súbita tronchada!

Como la escarcha fria
 Por siempre yace la inspirada frente,
 Que de Byron el lauro refulgente
 Demandar parecia!
 ¿Cómo calla la voz cuya armonia
 El ángel de los cantos envidiára?
 ¿Qué se hizo la luz clara,
 Reveladora de alta inteligencia,
 Que fulguraba en sus brillantes ojos?
 ¿Es eterna la ausencia
 De la vida; gran Dios! y esos despojos
 Que van á hundirse en sempiterno olvido,
 Llevan consigo el pensamiento helado,
 Como un astro apagado
 Por espacios incógnitos perdido?

Blasfemia horrible!... loco pensamiento!
 Jamás mi mente á tu poder sucumba...!
 ¿La nada invocaré con torpe acento
 Viendo del génio la sagrada tumba?...
 ¿Quién la bondad suprema
 Podrá ultrajar con tan odiosa duda?
 ¿Quién su justicia dejará en problema
 Ante el estrago de la muerte muda?...
 ¡A tí, que viertes en el triste lecho
 Del humano que espira
 Bálsamo dulce de consuelo y calma!
 ¡Esperanza final; á tí saluda
 Con rudos sonos mi enlutada lira;
 A tí saluda con gemido el alma!

Rompióse el cuerpo deleznable al peso
 Del espíritu inmenso que oprimia,
 Y ya el ilustre preso,
 Que sus grillos quebranta,
 El libre vuelo á la region levanta
 Do guarda la suprema iuteligencia

La luz eterna, viva, creadora!...
 Asi de rosas la esquisita esencia
 Huye del vidrio estrecho,
 Y en invisible nube se evapora!

¡Ay! de su génio las fulgentes alas
 Se lastimaban con el roce duro
 De la materia frágil y grosera,
 Que la encerraba, cual estrecho muro.
 Asáz sufrió su espíritu: no era
 La tierra su morada. La profunda,
 Aunque oprimida fuerza, sacudiendo
 De humanas convenciones la coyunda;

El inmenso vacío
 De su insondable corazón; el tédio
 Que con su diente inexorable y frio
 Envenenaba heridas sin remedio...
 Todo á su fin llegó! todo ha cesado!
 Mientras á tributarle estéril lloro
 Al templo vamos con incierta planta,
 De ángeles puros el celeste coro,
 Pulsando el arpa de oro,
 Tal vez su entrada en el Empíreo canta.

¡Quiéralo el Ser Eterno! Ya en pedazos
 De la materia vil los torpes lazos,
 Triunfa, alma desterrada! alegre vuela
 A las regiones de la etérea lumbre,
 Que jamás nube tempestuosa vela;
 Y vé vagar, bajo su escelsa cumbre,
 Aqueste globo, á tu ambicion estrecho,
 Que á la palabra del Señor un dia,
 Cual hoy sucede á tu corteza fria,
 En polvo y humo volará deshecho!

Maya de 1842.



LA ESPERANZA TENAZ.

Unas tras otras las noches
 Pasaron, ¡oh mi esperanza!
 Pasaron y nunca alcanza
 Descanso tu intenso afán.
 ¡No desmayas ni te abates
 Aunque vives sin sustento,
 Y que cual humo en el viento
 Tus ilusiones se van!

Tres veces ya sus albores
 Dió al suelo la blanca luna;
 Tres veces ¡ay! mas ninguna
 Te dió la luz de tu amor.
 Y tres veces salió el alba
 Entre nácar y amaranto,
 Y hállote envuelta en mi llanto
 Y á mí sumida en tu error!

Conté al cielo tus visiones
 Con patéticas querellas,
 Mas el sol y las estrellas
 Se burlaron á la par,
 Y con el nombre adorado,
 Que aun mandas al lábio seco,
 En vano fatigo al eco
 Del valle, el monte y el mar.

Y aun tú alientas ¡oh esperanza!
 Que por privilegio extraño
 Los filos del desengaño
 No te dan golpe mortal:
 Y al herirte sin matarte
 Mas fuerte se hace, mas fiero;
 Como se aguza el acero
 Si choca en el pedernal.
 Así tu voz engañosa
 Oiré en la noche y el día,
 Arrullando la agonía
 Del enfermo corazón.
 ¡Aguarda! dirás: aguarda!
 Y el pecho creará tu embuste,
 Aunque la mente se asuste
 Y se indigne la razón.

Junio de 1842.